

Durante el tiempo cuando yo estaba un candidato para el diaconato, Ruth y yo asistimos a las clases en preparación para mi ordenación. Uno de nuestros profesores era el Padre Donald Goergen, O.P., un sacerdote dominicano. Él comenzó el día con tres preguntas: (1) ¿Quién es Jesús de Nazaret? (2) ¿Quién es Jesucristo? Y (3) ¿Quién es Jesús para usted personalmente? Entonces nos dio el tiempo para responder por escrito a sus preguntas. Después de un rato, nos pidió que dijéramos a la clase nuestra respuesta. Las personas comenzaron a responder con tales declaraciones como estas: A la primera pregunta, «¿Quién es Jesús de Nazaret?» Jesús era un hombre que nació de la virgen María y creció para ser un gran predicador, maestro y sanador, quien luego fue crucificado por los romanos, pero resucitó de los muertos. A la segunda pregunta, «¿Quién es Jesucristo?» ellos dijeron, Jesucristo es el hijo de Dios que vendrá otra vez en gloria para juzgar a los vivos y los muertos. Y a la tercera pregunta, «¿Quién es Jesús para usted personalmente?» Jesús es mi Señor y Salvador sin quien no podría enfrentar las dificultades de la vida.

Entonces el Padre Goergen nos dijo: «Sus respuestas separan a Jesús en tres seres. En su respuesta a ¿Quién es Jesús de Nazaret? hablaron de una persona histórica del pasado. En su respuesta a ¿Quién es Jesucristo? hablaron de una divinidad teológica ahora ausente que aparecerá en el futuro. Y en su respuesta a ¿Quién es Jesús para usted personalmente? hablaron acerca de un ser espiritual en quien tienen fe y quien le permite a enfrentar a las dificultades. Así, Jesús es tres seres diferentes. Esas tres preguntas no son en realidad tres preguntas separadas; son una pregunta».

Desde el tiempo cuando Jesús caminó y habló y comió y durmió entre nosotros, él siguió a preguntar, «¿Qué dice la gente sobre el Hijo del hombre? ¿Quién dicen que es?» (San Mateo 16:13). Pero siempre sigue esa pregunta con la pregunta más importante: «Y ustedes, les preguntó, ¿quién dicen que soy?» (San Mateos 16:15). A lo largo de estos veintiún siglos la gente continúa a debatir la respuesta a esa pregunta. Una de las muchas respuestas que fue debatida fue que Jesús era dos personas distintas, uno que fue humano y un que fue divino, los dos unidos en especie de unidad vaga. María fue la madre de la persona humana, pero no de la divina. En respuesta, la Iglesia dijo que es correcto a llamar la María la madre de Dios, no en el sentido que ella es más vieja que Dios o el origen de Dios, pero en el sentido que la persona que ella llevó en su vientre fue, de hecho, Dios encarnado, es decir, Dios en carne.

¿Es hoy, entonces, otra celebración Mariana? Sí y no. A menudo paramos corto sin ver o escuchar la idea completa cuando estamos leyendo o escuchando. La solemnidad que estamos celebrando es la Solemnidad de la Santa María, la Madre de Dios. Este título, Madre de Dios, se convirtió una de las enseñanzas oficiales en el Primer Concilio de Éfeso en 431 D.C. para afirmar que, debido de que Jesús es Dios, María puede ser llamada la Madre de Dios. Esta celebración es una celebración tanto de María como de

Homilía del 1 de Enero de 2017

Jesús. Celebramos la unidad de Jesucristo, nacido de la virgen María, Hijo de Dios, Dios de Dios, y nuestro Salvador, y la respuesta de María que le permitió a ser la Madre de Dios y que hace un modelo para todos nosotros.

La respuesta inicial de María ocurrió en la Anunciación cuando dijo, «Yo soy la servidora del Señor, que se cumpla en mí lo que has dicho». Su «sí» a Dios cambió todo de historia. ¿Entendió ella a lo cuál estaba diciendo «sí»? Por supuesto, no. Como todos nosotros no sabía y no podía saber el futuro que le esperaba.

Todos nosotros, en algún sentido, hemos dicho «sí» a Dios ya que estamos reunidos aquí en este lugar de culto. El «sí» de María fue importante, pero su «sí» implicó más que palabras. Ella no dijo «sí» y continuó su vida como antes. El sí» de María fue el primero de muchos que seguiría; ella dijo «sí» con deliberación y seguía diciendo «sí» durante el resto de su vida. Como hemos oído en la lectura del Evangelio de hoy, «Mientras tanto, María conservaba estas cosas y las meditaba en su corazón». Y tenemos alguna idea del efecto de sus meditaciones. Ella se dio prisa a ayudar a Isabel, que estaba embarazada con Juan el Bautista. También sabemos el efecto de su «sí» sobre su consciencia del plan y propósito de Dios para aquellos que confían en él, ya que proclama:

Mi alma canta la grandeza del Señor,
y mi espíritu se estremece de gozo en Dios, mi salvador,
porque el miró con bondad la pequeñez de tu servidora.
En adelante todas las generaciones me llamarán feliz,
porque el Todopoderoso ha hecho en mí grandes cosas: ¡su Nombre es santo!

Su misericordia se extiende de generación en generación sobre aquellos que lo temen (San Lucas 1:46-50).

Al comenzar este Año Nuevo, este es el momento perfecto para mirarnos a nosotros y meditar sobre nuestra propia vida y los acontecimientos que han ocurrido. ¿Sabemos quien es Jesús? ¿Muestra nuestra vida a otros, como María mostró a Isabel, que conocemos quien es Jesús y, habiendo dicho «sí» a él con nuestros labios, estamos diciendo «sí» con nuestras vidas también. Mi oración para mí y para todos nosotros también es que, como María, diremos un resonante «sí» con nuestras palabras y nuestras vidas.